

bodas.

Cuando llovía sobre el Papa, el Gran Soltero, Gravedad condescendía a poner la escalera y baja a tierra su hermanita retardada, Mística.

Una gota, saltando de lluvia en lluvia, se infiltró en el Vaticano, en el Vaticueva y en el Ano, y quiso más: ingresar al santoral de las precipitaciones. Tuvo un affaire con el Papa, un romance apasionado llamado a no durar. El Papa le propuso hacerlo Primado de Turquía, para que preparara su visita, la primera de un pontífice a las mesetas anatolias. Lo planearon cuidadosamente, pero no dejaba de ser una excusa para sacárselo de encima: el Papa estaba harto de la gota. Después del coito anal, el hombre se entristece.

Una vez en Ankara, la gota abrió un colegio y convención a la Asociación Cooperadora de que pusieran una fábrica de lápices para financiar la compra de material pedagógico. En su correspondencia con el Sínodo Eucarístico dejó entrever la posibilidad de un golpe de Estado. La fecha establecida era el 13 de junio, día en que todos los años Gravedad celebraba el aniversario de su Compromiso simbólico con el Papa. Hacía una fiesta e invitaba a las gotas de lluvia. No a todas, porque no tenía tantas copas: sólo a las delegadas de cada chaparrón. Para elegir a las delegadas, todos los 12 de junio había elecciones. Los votos se depositaban en las lágrimas de una niña, Rosa Edmunda González.

En Turquía había causado perplejidad, y no pocas sospechas, que el Vaticano hubiera nombrado Cardenal Primado a una gota. Circulaban rumores de que la gota había vivido un año entero dentro del colon del Papa: su forma y tamaño hacían verosímil la especie. Los acontecimientos se precipitaron, y la gota decidió autocaninizarse sin esperar la visita

papal. En los minutos previos a su ascensión dictó un memo disponiendo el formateo de comercialización de los lápices: habría cajas de seis, para los escolares pobres, de doce para la clase media, y de veinticuatro para los ricos. En edición especial, la caja de mil, para hijos de jefes de Estado. En cierto momento, para terror y desconsuelo de los niños pobres, sus lápices se transformaron en velas Minuto encendidas. Rosa Edmunda González, hija de un humilde peluquero que había hecho un gran sacrificio para adquirir la más pequeña de las cajas, fue la que más sufrió.

Poco después se publicaron fotos comprometedoras, tomadas por Foto San, un japonés delincuyente, reveladas a la rosa: fotos del Papa besando a Gota, fotos de cubismo esférico.

Irresponsable, inhumana, la gota, que era mil gotas de los colores más bellos, estaba en todas partes. ¡El Fin del Arte! clamaban los alarmistas de siempre, y afirmaban que en el futuro no quedaría sino encerrarse en una bohardilla a recortar fotos de revistas, a la luz de una vela Minuto, y hacer collages. Pero las piezas nunca volverían a coincidir. Nunca más habría una Gioconda, porque las gotas, una vez que habían probado la sal de la libertad, nunca volverían al Louvre. Y aun cuando la más improbable de las casualidades quisiera que volvieran, ¿qué probabilidad había de que entraran cada una por el agujerito por el que había salido?

En la ciudad de Bogotá había un perro grande, negro, muy grande, hecho de vainillas negras, que andaba suelto por la calle. Buscaba la comida en la basura, dormía al sol, se refugiaba de la lluvia en un portal. Su tamaño lo hacía amenazante y nadie se le acercaba, pero era manso. Todos los perros abandonados andan a la busca de un dueño, y éste lo encontró en una gota que fue a conocer esa fría y lluviosa capital. Se